



DIRECTORA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

NÚM. 44

Salamanca 15 de Agosto de 1909

AÑO IV

DE MI VIDA

IMPRESIONES

XXI



CONTABA las horas para la llegada de mis hijos y nietos, que estaban ya en San Sebastián. Había preparado, con verdadera chochera de abuela, las camitas, las sillas, los baños y los juguetes, que depositan aquí para el verano, y que yo custodio como el tesoro del Rhin. Porque tenéis que pensar que yo, que no me había separado nunca de mi hijo Fernando, hasta que España me lo pidió, me paso todo el año soñando con las seis semanas que me lo presta. Seis semanas es la licencia de los oficiales, y mis tres hijos tienen el orgullo de no pedir nunca favores.



Cuando yo los creía ya camino de París, recibí un telegrama de María Teresa: "Retrasado viaje; Nando está en Madrid". Desde luego comprendí lo que más tarde me explicaba por carta. España necesitaba más fuerzas en Melilla. A las pocas horas de llegar mis hijos á San Sebastián telegrafió el Rey que tenía que salir para Africa un escuadrón de Lusitania, y con el próximo tren volvía Fernando á Madrid, y se ponía á las órdenes de su coronel; éste le aseguraba que, por el momento, sólo se necesitaba un escuadrón, y mi hijo, como es natural, en lugar de venir á vernos, se ha quedado en España aguardando su turno. Y yo también lo aguardo callada, pasando sólo, como tantas otras madres españolas, una mirada rápida sobre las nuevas fuerzas que salen para Melilla. Cuando leo las descripciones de los combates, con los hechos heroicos de los que entraron ya en turno, me siento orgullosa de ser española.

Parecen legendarios los rasgos que se cuentan; pero son verdad: un artillero ve que en la refriega se llevan ya los moros un cañón; se precipita en medio de ellos, gritando: "Esa pieza es mía", y se la arranca otra vez. Más tarde es una mula, cargada de municiones, la que arrastra otro de esos muchachos, en medio de una lluvia de balas de los moros, que se la llevaban. Todos se baten como leones. No se trata de esas guerras, en que vence el que tiene más dinero para comprar cañones, que llegan más lejos, ó disparan más municiones por minuto; esta es una lucha cuerpo á cuerpo, como en los tiempos en que España hacía temblar al mundo, y la verdad es, como dice Nilo Fabra en su canción de entusiasmo:

«¡Que aún pueden llamarnos los hijos del Cid!»

¡Lo más duro en estos momentos es el estar tan lejos! ¡Oír leer en otra lengua, por personas de buena voluntad, noticias y nombres desfigurados! A veces se agarra uno á esa última esperanza: ¿Será una equivocación? Eso me pasó al oír decir entre los que habían caído "estaba un coronel, Ibáñez Marín"... No sé qué es lo que dije, ni qué cara puse; sólo sé que la persona que leía me dijo: "Perdone..., yo no sabía..." Yo quería todavía convencerme de que no era posible, de que no tenía tiempo de haber llegado á Melilla; pero cuando leían la descripción de lo bien organizado que estaba su

plan de batalla, me decía el corazón: "Es él, no cabe duda,,. Y él fué, murió por la Patria, una muerte digna de él; ¡pero la Patria lo necesitaba tanto! Una de mis grandes esperanzas, cuando pensaba en el porvenir de España, era Ibáñez Marín.

Hace algunos años me regaló el Marqués de Aguilar de Inestrillas la historia del regimiento de Lusitania; leí el prólogo y pregunté entusiasmada á mi hermana Isabel: — "¿Quién es Ibáñez Marín?" — "Naturalmente, alguien que tienes que conocer,, me contestó, y lo mandó llamar. Desde que cambiamos algunas palabras, es decir, una sola: "España,, nos comprendimos. No fué sólo una amistad la que se formó entre nosotros, fué una alianza para servir á la Patria. El año pasado, cuando fué nombrado teniente coronel del batallón de Figueras, me escribió todos los proyectos que tenía para que "el cuartel fuese para sus soldados la continuación de la familia,,; quería instruirlos divirtiéndolos; "yo le prometo que ninguno volverá á su pueblo sin saber leer y escribir,, me decía.

Una tarde, antes de que mis hijos Fernando y María Teresa se volvieran á España, fuimos todos al depósito de material, para las escuelas, á escoger cosas para llevar de muestra á Ibáñez Marín: mapas del mundo, tipos de las razas humanas, estampas representando acontecimientos históricos; yo quería que lo viera todo. Todo lo que encerraba una idea patriótica, aunque no fuese más que una tarjeta postal, iba á Ibáñez Marín.

Ultimamente, cuando mi hijo Fernando pasó por Munich, de vuelta de su embajada en Viena, le dí una cartulina enrollada. "¿Qué es esto?,, me preguntó. "Para Ibáñez Marín,, le contesté. Era una estampa que dan los dragones prusianos á sus soldados como recuerdo, cuando acaban el servicio. Había en ella el retrato del Emperador, el de mi marido como coronel honorario, el del coronel efectivo, vistas del cuartel y la ciudad, donde está de guarnición, y en el centro el lugar destinado para el retrato del soldado. Yo ya pensaba en lo que haría Ibáñez Marín, como recuerdo para los cazadores de Figueras.

Ahora tendrán todos ellos siempre presente la muerte gloriosa de su coronel, y aquella madre de uno de sus soldados que él llevó de la mano de coche en coche, para que se despidiera de su hijo cuando salía el tren, rezará todos los

días por él. ¡Es el gran consuelo de nuestra fe, rezar por los muertos! María Teresa me escribe el día de la Porciúncula: "Mucho he pensado en tí hoy. ¡Con los amigos que han muerto en Melilla, hay para rezar bastante!". Yo sabía que aquel día ella buscaba, como yo, indulgencias para ellos.

Pero no basta rezar; hay que velar sobre sus familias. España entera siente la deuda que tiene con ellas. Es hermosísimo ver cómo han desaparecido todas las barreras entre las clases sociales; los soldados heridos dictan á las señoritas las cartas para sus novias; los títulos del reino sientan plaza de soldados; la Reina y los estudiantes tienden á la par la mano, para recoger el óbolo de caridad, que ha de aliviar la suerte de los huérfanos y viudas.

"Sé noble y valiente", dice una madre al despedir á su hijo en Pamplona, y el aplauso que arrancan estas palabras, prueban el eco que encuentran en todos los corazones. Las madres españolas no hacen largos discursos á sus hijos; sólo quieren que cumplan con su deber. Otra, cuyo hijo era vendedor ambulante, saca el uniforme de soldado, que tenía guardado en un cajón, sale en busca suya de pueblo en pueblo, y cuando le encuentra, le abraza y dice, entregándole el uniforme: "¡Hijo, la Patria te llama!". Y juntos van á la próxima estación del camino de hierro.

El egoismo ha desaparecido por completo; cada uno piensa sólo en los demás: un herido pide al médico haga saber, que son pocos los del pueblo que están enfermos, y sesenta enfermos en un hospital, se hacen dar de alta, para dejar sitio á los heridos. Horas enteras podía estar contando detalles conmovedores, que prueban lo que es el pueblo español.

Los muertos pueden dormir tranquilos; aunque no se ganase un céntimo, ni un palmo de terreno, no han vertido en balde su sangre; con ella han resucitado á España.

PAZ.





PILARICA JURDANA ⁽¹⁾

¡Vinge la mi Maire,
mi Vinge jurdana!
¡Pilarica que tienis en Jurdis
cosas que no tieni la zaragozana!
La que tienis encima d' un riscu
tu ermitina branca
rodeá di canchalis y peñas,
de brezus y jaras
en las bravas arturas azulis,
ondi jacin er niu las águilas,
las águilas rialis
de la pura raza
como Tú q'eres, reina y señora
de la sierra bravía jurdana.
¡Esu no lu tieni
la zaragozana!
Quien te jizu la ermita en er riscu,
bien te supu jacel l' habitanza;
no hay tronu más grandi
que la punta brava
d' aquer riscu braviu y sarvaji
rodeäu de brezus y matas,
con corona de grises neblinas,
ú de nubis parduscas y cárdenas;
no hay tronu más grandi,
ni reina más arta,
ni ermita más güena,
ni Vinge más guapa.....!
Tú no tienis corona ni cetru
comu los que tieni la zaragozana,
peru pa sel reina
no te jacin farta;

(1) Tomada del *Album Poético de la Virgen Santísima del Pilar*, publicado por el semanario católico *El Pilar*.

mas si quieris tenelus, y quieris
 que yo te los jaga,
 te jaré una corona mu linda
 de flores de jara,
 y pa cetru jaré yo un rosario
 con las abogayas
 más reondinas q' alcuentri en er monti,
 y una cruz mu güapa
 de máera d' espinu, q' es siempre
 la máera más fina y más branca;
 y con ello serás mesmamente
 la reina jurdana;
 manque pa sel esu,
 no te jacin farta,
 ni tampoco te jacin de menus
 otras garambainas
 q' á otras Pilaricas
 le jacin á esgancha
 esus jombris ricus
 de las tierras yanas.

¿Tú pa qué las quieris,
 si cyas no son námas
 que pura fachenda
 y pura fanfarria?...

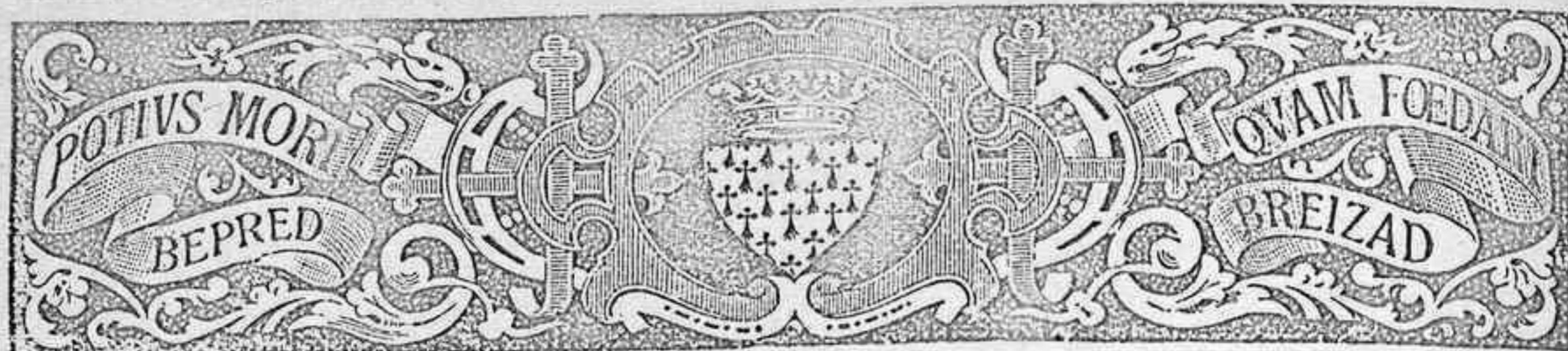
Tú no tienes las músicas chicas,
 las músicas vanas
 de los vigulines
 y de las chuflainas
 que te dan en tus fiestas los jombris
 de las tierras yanas:
 Peru, ¿qué tien que vel esas músicas
 con las músicas grandis y bravas
 que te dan en tu ermita der riscu,
 en tu tronu de reina jurdana
 la tierra y er cielu
 cuando en la montaña
 rugi la tormenta
 q' ayí se encarama,
 y er rayu s'enciendi,
 y er trueno rebrama,
 y er airi rebota
 y silban las águilas?....

¡Esas sí que son músicas grandis,
 músicas de reina, de reina jurdana!
 Esas no las tieni
 la zaragozana.
 Y hay otras más durcis
 que yegan al alma
 al cael de las tardis serenas,

ú al venil de las suavís mañanas
 cuando er airi suspira en los brezus,
 ú se queja al rozal con las bardas,
 ú gime en las peñas,
 ú yora en las jaras,
 ú se rie al besal en los muros
 de la ermita branca
 al compás de la esquila que suena
 ayá en la espadaña,
 ondi cantan los mielros sarvajis
 y chirrían las pardas zordalas....
 ¡Qué música, Vinge!
 ¡No las hay más güapas!
 ¡Sólu hay otras acasu mejoris
 y que más t'agradan,
 que son las benditas
 músicas del arma
 jechas con cariñus
 y besus y lágrimas ...
 Músicas d'amoris!
 Y esas no te fartan.....

Tú bien sabís q'en tuitas las Jurdis
 no hay quien no te quiera con toa su arma.....
 Y si no, yo te quieru pol todus,
 mi reina jurdana,
 y si no sé jacelti selmonis
 pa icilti alabancias,
 sé jacelti copras,
 sacás de mi alma,
 pa cantalas al pie de la ermita,
 y al són de la gaita,
 cuando vaiga p'ayí de repastu
 detrás de las cabras,
 y al cantalas diré yo mu arrecio
 pa que l'oigan en tuita l'España.
 «¡Vinge, la mi Maire,
 mi Vingen jurdana,
 ¡Pilarica, que tienís en Jurdes
 tu ermitina branca!
 No hay tronu más grandí,
 ni reina más arta,
 ni Vinge más güena,
 ni ermita más güapa.

GUMERSINDO SANTOS DIEGO,
Presbítero.



EN LA CATEDRAL ⁽¹⁾



AS madres salmantinas que tienen hijos en el campo de batalla defendiendo la bandera nacional, en una santa exaltación de amor, dejaron que sus tribulaciones rompieran el dique de la resignación cristiana, y su espíritu voló presuroso á buscar un refugio de consuelo en el manantial inagotable de la fe.

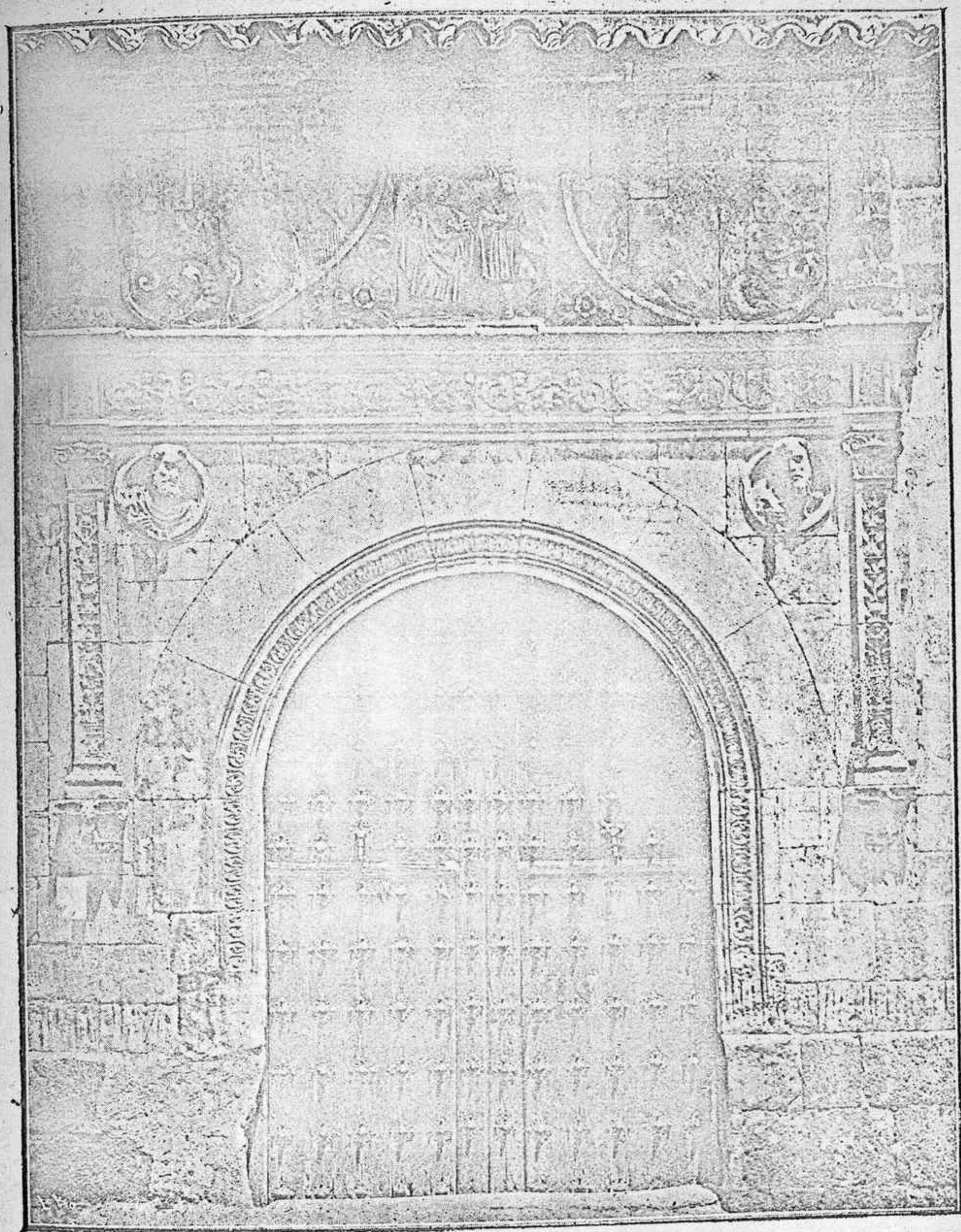
Almas sencillas que van por la tierra con la mirada en lo alto, en espera de la gracia prometida á los buenos, á los justos y á los tristes; ellas, que ayer lloraban un horrible pensamiento, tienen hoy la conciencia de que sus hijos tornarán ile-sos, nimbados por el laurel de la victoria, cuando hayan oficiado en el ara sacratísima del campo de combate, como supremos sacerdotes del culto á la patria.

Y es porque en esta tierra de místicos y de héroes, en esta Salamanca, corazón de Castilla, el aire, embalsamado con aromas de leyenda, nos compenetra con el pasado y en el alma del pueblo las tradiciones venerandas que esmaltan nuestra historia, son un nuevo evangelio del que somos todos fervorosos creyentes.

La tradición es el más rico tesoro que guarda Salamanca. En sus calles vetustas y silentes, en las rejas misteriosas de sus residencias señoriales, en los timbres nobiliarios de sus razas hidalgas, en las maravillas de arte que nos legaron los siglos y en las imágenes venerandas de nuestros santos y mártires, la tradición habla á los hombres con su silencio solemnisimo y augusto.

Y dice... en relación que ha renovado la actualidad en la

(1) Tomado de *El Adelanto* del día 7 de Agosto.



Portada de la antigua parroquia de San Justo (Salamanca)

memoria de todos, las gloriosas jornadas que deparó á los ejércitos nacionales la imagen milagrosa del Cristo de las Batallas, talismán prodigioso de aquel D. Julián, prelado y guerrero.

Por eso las madres, eternas dolorosas de los senderos del vivir, han elevado sus preces implorando la piedad del Santísimo Cristo, para que continúe la leyenda y depare al ejército español una victoria digna de su abolengo, un triunfo decisivo que devuelva á los tranquilos hogares donde reina la paz, los hombres que salieron al campo de batalla, dispuestos al sacrificio en holocausto del nacional honor, si precisas fueran sus vidas para impedir un ultraje á la gloriosa enseña de la patria.



Bajo el palio monumental de las bóvedas, que sostienen palmeras de granito, se agrupa la muchedumbre en oración.

La fe impone en los pechos un divino fervor que hace creyentes á los pecadores, los humilla y los torna á examen de conciencia. Parece llegada la hora suprema del arrepentimiento. En la calma augusta del recinto, sólo se oye el silabeo rumoroso de las oraciones que suben á lo alto y se apagan en el silencio solemne de las bóvedas.

Se oye un rumor de sedas crujientes, el órgano preludia la majestad de un canto religioso.

Hieráticos los oficiantes, pasan con sus ropajes áureos y comienza la solemnidad de la liturgia.

La alegría de la mañana espléndida, penetra por los ventanales exornados con escenas de pasión y sacrificio, mas en el ambiente vaga un algo indefinible de infinita tristeza.

En la muchedumbre, pone esta nota de melancolía el tono negro de los vestidos, el misticismo de la mantilla, la expresión de dolor: de los rostros, marchitos, por la huella del tiempo y las caras lozanas de las virgencitas, que frente al misterio de la vida presienten su crueldad velada para ellas con el encanto, rosa de sus quince abriles.

Una de estas mujeres en flor, postrada ante una imagen de San Antonio, le pide compungida que retorne con premura á sus brazos aquel que á su partida le dejó una promesa. Y añadía, tan alto, que llegó á mis oídos:—“Y ya sabes lo que duran las promesas de los hombres.”

La paz ha vuelto á imponer su reinado en la Iglesia, hasta que, á la hora de la epístola, precedido de la ceremonia de ritual, ha dicho el sacerdote palabras de devoción que caen bienhechoras en el ánimo contristado de los fieles.

Es un silencio prolongado, todo lleno de emoción, el que sigue á los rezos preludiantes de la oración sagrada.

En lo alto del púlpito, la figura venerable del predicador, nevada la cabeza por el tiempo inclemente y el pectoral morado cayendo de sus hombros, tiene algo de evangélica y de hierética.

Sus primeras palabras, dichas con solemnidad y con unción, son un exordio bellamente lírico, en que hace la apología de la patria y de su símbolo immaculado.

Tiene elogios para los bravos defensores del pendón nacional, tiene fe y convicción de que los soldados salmantinos cumplirán triunfalmente, gallardamente, en la lid contra las hordas de infieles de la raza maldita, y tiene palabras de conmiseración para aquellos desgraciados que en circunstancias tan luctuosas han iniciado turbulencias, cuya mejor condenación es perdonarles, invocando las palabras de Jesús muriendo.

Yo había oído hablar de la varita mágica con que el señor Pereira llena de emoción los corazones y las pupilas de un rocío bienhechor; mas no conocía el poder subyugante de su elocuencia.

Este preludio ha sido bello, elevado, patriótico; ha hecho latir en los corazones el amor á la patria, ha puesto en sus palabras un tono de amor para los irredentos que le eleva, ha hecho resaltar la figura noble y augusta del soldado español, todo ello sin los modales y las maneras casi imprescindibles en los oradores sagrados, todo con una espontaneidad y una naturalidad encantadoras.

Después... ha hecho una invocación á la Virgen y... ha seguido y ha tratado de justificar la guerra y hasta ha querido explicarnos la filosofía del dolor.

Ha seguido... siempre en tono elevado, siempre ahondando en el corazón femenino, y cuando en las notas finales ha requerido á la imagen milagrosa para que decida el triunfo del nobilísimo ejército español y tienda su manto, salvaguardia segura del peligro, sobre los charros que pelean con el empuje de la raza, ha pedido valientemente que haga un hé-

roe de cada salmantino en los momentos gloriosos de fragorosa pelea cuando sólo se escuchan los estampidos del cañón, las arengas de los jefes y los vivas á España.

Un suspiro prolongado fué el comento de las madres y las esposas á estas palabras mágicas, que confortaban su espíritu, descargaban su pena y rociaban bienhechoramente su corazón, palabras portadoras de un consuelo que en los momentos de angustia sólo pueden encontrarse en el manantial infinito de la fe.

Han seguido las fórmulas de la liturgia solemnes y bellas, los fieles contritos se humillaban ante Dios, el perfume místico del incienso se eleva en nubes ténues que semejan nimbos de gloria, flota en el ambiente la lírica exaltación lejana y fervorosa del órgano como una balada sinaítica, y el sacerdote, con la gravedad de un príncipe de la Iglesia, ha alzado majestativo la Forma Divina...

Los monaguillos, que se mueven en la holgura de su sayal rojo y su roquete rizado, han hecho sonar argentinamente las esquilas, invitadoras á la tribulación. Los fieles han marcado acompasadamente con golpes de corazón los tres tiempos devotos del momento solemne.

La plegaria que inspira la fe en todos los corazones se eleva sincera á las regiones de la eterna paz. Todas las bocas piden el triunfo de nuestras armas y la vida de nuestros hermanos.

Yo también te las pido, Cristo Santísimo de las Batallas, que siento en mi pecho el amor á los defensores de la bandera española, depositarios de su historia y de su honor, mas haz que cesen los odios, que el hada de la paz vaya con su túnica albescente al campo de batalla y acaben para siempre las guerras fratricidas. Triunfe el amor sobre la tierra, que al fin... sobre las fronteras y las razas ¿no están los vínculos fraternos que unen á los mortales?

BENITO M. VALENCIA,,.





EL MUNDO



ON nombrar estas dos palabras "Dios y mundo," si hay conocimiento de ellas, aunque sea confuso, será suficiente para entender, que no pueden estar juntas en inteligencia y corazón cristianos. Si alguna vez parece que lo están, es porque no reparamos en ello: de ahí, además, andar la inteligencia y el corazón, como las mariposas, saltando del uno al otro, sin saber ó sin querer nunca quedarse con el único, que puede dar, lo que tanto desea el espíritu, el goce suavísimo de la paz. Si realmente tenemos espíritu cristiano, y de veras deseamos la paz del alma, no tiene duda la elección, cuál ha de ser el preferido. Tocante á promesas, no hay que decir cómo las prometen Dios y el mundo, y no solamente prometerlas, que es lo menos, sino darlas que es lo más. Uno y otro dicen, que tienen dichas y venturas, y ambos convidan con la inmortalidad, aunque nadie puede á la vez gozar las dichas de Dios y las dichas del mundo, sino que ha de renunciar las de Dios, si prefiere las del mundo, ó dejar las del mundo, si anhela gozarse con Dios. Aun en el lenguaje corriente suele afirmarse con mucha verdad, que no puede el hombre tener dos luces encendidas, de manera que alumbre ó adore á un tiempo mismo el bien y el mal; lo mismo que se lee en la Escritura: "nadie puede servir á dos señores,". Por consiguiente, es cosa cierta que, si los cristianos desean gozar de la paz, que viene á las almas con el trato íntimo de Dios, forzosamente han de renunciar la amistad y deleites del mundo. En esto, como en todas las cosas discretas, la razón está conforme con la experiencia, y confirma las conclusiones de ésta amonestando á los hombres,

que no se engañen á sí mismos, pues, si es verdad, que desean la paz y goce del espíritu, solamente lo hallarán en Dios, cuando renunciaren las vanidades del mundo.

Al proponer la renuncia de las cosas del mundo, no es que Dios exija siempre de nosotros salir y apartarnos de él, de manera que vivamos en soledad; sino que pide, como es natural, vivamos en el mundo, y usemos de las cosas de modo, que no sea para ellos el espíritu y el corazón, ya que no está prohibido el uso, sino el abuso de las cosas que de suyo son buenas. Y la razón de ello es, que si tenemos el espíritu en las cosas de la tierra, nunca más nos acordaremos del cielo, donde está la alegría de los que aman á Dios.

Nadie podrá vanagloriarse de haber conseguido de los ojos, que el uno mirase al cielo, mientras el otro permanecía fijo en la tierra, porque siendo tal manera de mirar contra su naturaleza, ó ambos han de mirar al cielo, ó al contrario, han de estar fijos en la tierra, lo demás es imposible. Con el espíritu sucede lo mismo, y más aún que con los ojos, porque al fin ellos son dos; mas el espíritu en el hombre es único é indivisible, por lo cual lleva con su misma naturaleza el estar todo él, donde vaya y se fije el deseo, que es la voluntad; y si cuadra irse con las cosas de la tierra, con ellas ha de estar sin acordarse del cielo, pero si se entrega á las del cielo, nunca le arrancarán de entre sus brazos las violencias y tirones de los sentidos y placeres mundanales.

Que cuesta trabajo desasirse de las cosas del mundo, es innegable; y que tiene suaves y ricos placeres para los sentidos, lo sabe todo el mundo; pero, el que pondera esta dificultad, y la suavidad de los deleites del mundo, no reparó sin duda en el extremo contrario; ¿acaso es fácil desasirse de Dios? ¿son ajenos por ventura los placeres del cielo? Creo firmísimamente que es mucho más fácil dejar al mundo, que dejar á Dios; y todavía apurando más la dificultad, digo, convencido de la verdad, que el mundo puede dejarlo un cristiano, cuando quiera, sin grandes violencias de la voluntad; mas á Dios, aunque se empeñara con todos sus fuerzas, no sería capaz de arrojarle del espíritu. Digo esto, porque al fin el objeto de los sentidos, si bien se mira, son cosas totalmente accidentales; y como ellos son, los que ponen en comunicación al espíritu con la materia, con las cosas del mundo, no le es difícil al espíritu prescindir de cosas tan sin sustan-

cia, como son las noticias y gustos de los sentidos; pero no sucede lo mismo con las potencias, porque siendo el objeto de ellas conocer la verdad y recrearse con el bien, no puede alcanzar en ningún instante, que la razón y la voluntad prescindan ó aborrezca lo que buscan y aman por naturaleza, y como sean la verdad y el bien en último término el mismo Dios, se entenderá perfectamente, que es mucho más fácil dejar al mundo, que dejar á Dios. De manera que, aun en esta dificultad y unión de sentidos y potencias con sus objetos proporcionados, no puede menos de ver todo cristiano, cómo es más grande la unión de las potencias, que las de los sentidos, por cuanto los ojos pueden estar sin ver, los oídos sin oír y la lengua sin gustar, pero la razón nunca podrá estar sin la verdad, ni la voluntad sin el bien, real ó aparente en sí mismo, pero para ella, siempre bajo la razón formal de bondad. Lo que hace falta es que la voluntad se afirme bien en estas verdades, porque cuando la voluntad quiere de veras, ya pueden venir las pasiones poniendo dificultades, y ponderando las cosas del mundo; ni las escuchará, ni conseguirán de ella más que aferrarse con más fuertes deseos al único bien, de que quiere gozar, que es Dios.

Muy enferma estaba Santa Teresa de Jesús, y mirando las monjas por su salud, como la querían tanto, no hacían más que procurar todos los medios, para que la madre Teresa de Jesús se aviniera á los pensamientos y deseos de ellas, y así, dejaría de hacer algunas cosas de muchísima dificultad. Pero siempre encontraban en la Santa el mismo continente y la misma resolución; y apoyaba sus determinaciones, en que la flaqueza del cuerpo no puede nada contra la firme resolución de la voluntad sostenida del amor, que hace suaves todos los trabajos.

Las razones del amor para con Dios, están en Dios mismo, y no hay más que ponerse á meditar unos momentos, y se verá, que al poco tiempo ya no puede la imaginación, ni el pensamiento con tantos, como se vienen pidiendo amor y agradecimiento. Todos han dicho lo mismo "amad y lo veréis".

Y no porque falten consideraciones; sin ir más lejos, bastaría detenernos en el análisis de lo que significa goce del espíritu, gozar de Dios y gozar del mundo, qué son potencias y qué son sentidos, qué es verdad y qué es bien, con otras muchísimas, que pudiéramos añadir, los cuales darían ma-



HERIDA DE AMOR

teria para escribir muchos libros, y convencer á los más reacios é indiferentes.

Y todo ello fundado en la misma naturaleza, del hombre, único en la creación, fuera de los ángeles, que puede distinguir bien lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo. De todo ello viene á concluirse, que son goces incompatibles el de las cosas de Dios y el de las cosas ilícitas del mundo, y por ello los cristianos, si quieren gozar de Dios, de la suavidad de sus deleites, han de abandonar los aborrecibles y abominables del mundo.

TOMÁS VICENTE DEL ARCO.





ASSUMPTA EST

(Para mi querido amigo y paisano el M. I. Sr. Dr. D. Manuel G. Puerto, Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia Catedral de Coria)

Llegó, al fin, el momento, Virgen pura,
en que rota la débil ligadura
que tu preciosa vida
tuvo á la tierra unida,
volaras á la altura
á ocupar á la diestra de tu Hijo
el trono que te estaba reservado
como Reina de todo lo criado.
Llegó, al fin, el momento de tu muerte.
¿Y habías de morir tú, Mujer sublime?...
Aquél poder inmenso, que te exime
de la mancha común de los humanos
y en sus altos designios soberanos
antes de ser esclava te redime,
el que te pudo hacer inmaculada
para baldón y afrenta del averno,
el que prestó á tu pie tal fortaleza,
que dejara aplastada
de la infernal serpiente la cabeza,
y, sin perder tu virginal pureza,
te pudo hacer su madre idolatrada,
el que agotó la inagotable fuente
de sus gracias y dones al formarte,
el Dios Grande, Infinito, Omnipotente,
¿no pudo de la muerte libertarte?...
¿No es la muerte terrible consecuencia
del pecado de Adán y de su esposa?...
¿Por qué, pues, alcanzarte, madre mía,
del Dios del paraíso la sentencia,
siendo tú, sin pecado, toda hermosa?...
¿Por qué, por qué morir, Virgen María?...
¡Ah!... ya... sí..., que si eres inocente

y de la gracia de los cielos llena,
más inocente es, más impecable
el Divino Cordero Inmaculado,
y, aunque de voluntad, sufrió tal pena
revestido de carne deleznable
y fué su muerte efecto del pecado.
Pues si en la cumbre santa del Calvario
ha exhalado gustoso, voluntario
tu buen Jesús, su postrimer suspiro,
¿por qué no ha de llegar á tu retiro
la muerte con su fúnebre sudario?
Mas ¡oh, muerte dichosa!
Si ante los ojos del Señor preciosa
la de tus santos es muerte bendita,
¿qué muerte no será la de su Madre!
Yo me complazco en ver junto á tu lecho,
en legión infinita,
los mandatarios del Eterno Padre,
los del Hijo divino mensajeros,
los nuncios del Espíritu divino,
la embajada de coros celestiales,
que salvando ligeros
la distancia infinita del camino,
han venido á endulzar la última hora
de su Reina y Señora
con todas las dulzuras edeniales.
Yo me complazco en ver cómo la muerte,
esa terrible parca despiadada,
cuando entra en tu morada,
al acercarse y verte
amansa sus indómitos furoros,
y aunque viene cargada de dolores,
los arroja muy lejos de tu lecho,
porque sabe que no tiene derecho
á matarte dos veces, Madre mía,
y sabe que apuraste cierto día
del Gólgota en la altura
junto á la cruz do tu Jesús moría
las heces del dolor y la amargura,
el cáliz del sufrir de la agonía.
Yo me complazco en ver cuán dulcemente
aquellos seres de mirar divino,
de rostro encantador y peregrino,
que á tu lado mandó el Omnipotente,
cierran tus ojos al mirar terreno,
después que das la bendición postrera
y consuelas con ánimo sereno,
teniendo en Dios tu pensamiento fijo,
á los que en torno de tu lecho lloran

discípulos amados de tu Hijo,
que Madre suya y de su Dios te adoran.
Yo me complazco en ver cómo Dios mismo,
en tan terrible trance, se presenta,
y te anima y te alienta
y hace brotar del insondable abismo
del infinito amor con que te ama
estas palabras de dulzura llenas:
«Rompe, rompe, paloma, las cadenas
de tu vida mortal; mi amor te llama;
deja ese valle de mortal escoria
y sube á lo más alto de mi gloria,
donde mi amor te espera;
pasaron los rigores del invierno,
ven á gozar la eterna primavera
en los jardines de mi Edén eterno».
¡Oh muerte la más santa, la más pura,
la más dulce y tranquila y más dichosa
y á los ojos de Dios la más hermosa
entre las muertes de mortal criatura!
Velados ya tus ojos
á la luz semioscura de este mundo,
tus hijos anegados en profundo
mar de dolor, que se convierte en llanto,
recogen tus purísimos despojos
y los entregan al sepulcro santo,
que su filial amor ha construído
para enterrar tu cuerpo bendecido.
Y el bendito sagrario, que habitado
ha sido nueve meses
por el Divino Verbo Inmaculado,
cuando el cuerpo tomó de los humanos,
¿ha de servir de pasto á los gusanos...?
Asquerosos abortos de la podre,
moradores seguros
de todas las humanas sepulturas,
no afiléis las hambrientas dentaduras,
detened vuestro paso ante los muros
que forman el sepulcro de María;
no pretendáis entrar, vana porfía;
el Dios Omnipotente
Sumo Señor de todo lo existente,
ha dispuesto en decreto irrevocable
que miréis á distancia y con respeto
de su Madre el cadáver adorable,
y contra tal decreto
estrellaráse vuestro vano empeño:
aunque muerta la veis, es breve sueño
lo que sus ojos cierra;

pronto despierta, remontando el vuelo,
 roto ya el lazo que la unió á la tierra,
 en cuerpo y alma volará hacia el cielo.

—
 ¿Qué dicen esas voces
 que por doquier resuenan
 más dulces que la miel de los panales,
 y los espacios llenan
 de cadencias sublimes, celestiales...?
 ¿Qué cánticos son esos tan sonoros
 que los celestes coros
 entonan este día...?
 ¿Por qué canta Natura?
 ¿Por qué todo á porfía
 desde la baja tierra hasta la altura
 entona un himno de triunfal victoria
 y endechas dice de alabanza y gloria?
 ¿Por qué...? Porque triunfante
 del poder de la muerte al cielo sube
 envuelta en blanca nube
 la Virgen siempre Pura,
 la Madre del Cordero,
 la Reina de la altura,
 la Suma Emperatriz del mundo entero.
 Por eso todo canta,
 por eso en este día
 cuanto sabe cantar con armonía
 alegre voz levanta
 diciendo en su cantar: ¡Gloria á María!
 Cual nube oliente de aromado incienso,
 mayestática, airosa,
 triunfante, soberana,
 ella cruzando va el espacio inmenso,
 más bella y más hermosa
 que el bello alborear de la mañana,
 y pródiga la tierra,
 cuando la ve volar hacia la altura,
 le manda con premura
 cuanto de bello y armonioso encierra:
 los pájaros cantores
 ofrécentle dulcísimos concientos;
 las aromadas y pintadas flores
 su perfumado aroma y sus colores,
 y los mares, los ríos y los vientos,
 los montes y praderas,
 la arboleda gentil verde y umbrosa,
 la brisa que murmura sonora,
 las fuentes cristalinas y parleras,
 todo, todo á porfía,

con esas notas de sin par dulzura,
que el Hacedor Supremo dió á Natura,
canta el glorioso triunfo de María.
Y de angélicos coros rodeada
que alegrán á los mundos con su canto,
su cabeza de estrellas coronada,
su pie sobre la luna plateada
y sirviéndola el sol de regio manto,
Ella, del cielo encanto,
en cuerpo y alma sube de este suelo,
traspasa los espacios siderales,
y hermosa sin igual, con hermosura
que no vieron jamás ojos mortales,
penetra en la eternal mansión del cielo,
y entonces... ¡ah!... entonces...
¿con los humanos pálidos colores,
cómo pintar el gozo, la alegría
que inundó á los celestes moradores
cuando en el cielo penetró María...?
De par en par abiertas
de la eterna Sión las áureas puertas,
el Divino Jesús corre á su encuentro
y se arroja en sus brazos maternos;
los coros celestiales,
postrados de rodillas,
adoran y bendicen la hermosura
de la sin par criatura
en que Dios compendió sus maravillas;
la Trinidad Augusta la conduce
al trono que le tiene preparado,
como á Reina de todo lo criado,
y poniendo en sus manos áureo cetro
y corona imperial sobre su frente,
tú, le dice, serás la ejecutora
de todo mi poder omnipotente,
de toda gracia tú dispensadora,
tú del mundo la Reina y la Señora,
ante tí postraráse toda gente;
y le da su poder el Padre Eterno,
el Espíritu Santo sus amores,
y el Hijo su eternal sabiduría,
y de rabia y furor brama el infierno,
cantan sin fin los célicos cantores
y los mundos adoran á María.
¿Y quién podrá medir el gozo sumo
que el alma llena de la gran Señora...?
Si cuanto el mundo guarda y atesora
es todo vanidad, es todo humo
comparado á los goces celestiales,

si nunca vieron ojos terrenales,
 ni pudo nunca humano entendimiento
 comprender las delicias y el contento
 que tiene Dios guardado allá en la altura
 á quien le sirve y ama en este mundo,
 ¿cómo medir el gozo sin segundo
 que el alma llena de la Virgen Pura...?
 Ella, del Padre la dilecta hija,
 ella, del Hijo madre idolatrada,
 del Paráclito esposa inmaculada,
 ella, entre todas las mujeres más santa,
 ella, Reina de toda jerarquía
 que á Dios alaba y sus grandezas canta,
 ella, mujer sublime, la criatura
 que de manos de Dios salió más pura,
 ella, Madre de Dios, ella, María...
 ¿cuál su gozo será, cuál su alegría?
 ¿cómo medir el grado de su gloria
 en aquella mansión de eterna calma,
 donde por siempre reina en cuerpo y alma?
 ¡Oh poder admirable
 el que Dios en tus manos deposita!
 ¡Oh gozar inefable
 tu sin igual gozar, Virgen bendita!
 ¡Oh triunfo soberano
 y de todos tus triunfos complemento
 el que hoy obtienes, cuando al cielo subes
 en albo trono de fulgentes nubes!
 Calle la humana lengua
 y canten los cantores de la altura
 tu asunción á los cielos, Virgen Pura.

JUAN ANTONIO MARTÍN IGLESIAS.

Alberca, Agosto de 1909.





Ilustre escritor y bizarro militar Ibañez Marín,
muerto en el combate del día 23



No podemos menos de recordar en LA BASÍLICA TERESIANA el nombre de Ibáñez Marín, siendo, como era, escritor de la revista y admirador de la Santa Castellana. Muchas veces escribió notables artículos literarios, que merecieron bien de los hombres de juicio, y fué su reputación tan distinguida, como fueron sinceras las alabanzas que se tributaron á su talento.

Era tan estimado de todos los que le conocían, que puede decirse de su muerte, cómo realmente fué muy sentida en España, según la manifestación de duelo que apareció en periódicos y revistas.

Entre los jefes del ejército, pocos como él habían alcanzado más brillante reputación; que nacía, naturalmente, de su bondadoso corazón y reconocido talento.

De su patriotismo no diremos una palabra, porque, aún las alabanzas, habiendo muerto en ataque contra el enemigo, no serían más que pálido reflejo del acendrado amor, que tiene para la patria, el que deja la sangre en el campo de batalla, como señal de sus heroísmos.

Eran muchos los que le trataban y conocían, y esperaban de su bondad y claro talento gran influencia en los destinos de la patria, hombre tan cumplidor de su deber, que hubiera sido pronto una de las figuras más salientes en el ejército español.

Puede decirse con verdad que ciñeron á su frente gloriosa corona de triunfos las letras y la espada, empeñadas ambas en librar á la patria de feroces enemigos.

Pedimos un recuerdo y una oración para el héroe y para el escritor insigne Ibáñez Marín.



CUENTO

¿INCREDULIDAD Ó IGNORANCIA?...

SENTADOS á una mesa del café nos hallábamos varios amigos, saboreando la exquisitez de aromático cigarro, y después de terminar nuestra *partida* y hablar largo rato de cosas indiferentes (aquel día teníamos todos más ganas de hablar que de ordinario), recayó por fin nuestra conversación en la cuestión religiosa, conversación que en un principio nos pareció á todos desprovista de interés y hasta monótona, pero que al poco rato absorbió nuestra atención por la acalorada disputa que se suscitó entre uno de nuestros amigos que defendía magistralmente la posibilidad y verdad histórica de los milagros, y otro, que se ponía hecho un basilisco, cuando le tocaban este punto, en el que, como en otros muchos de religión, despotricaba soberanamente. Mira, Pepe, decía el incrédulo, todo eso de los milagros, como tantas otras cosas, no son más que antiguallas de todo punto irreconciliables con la ciencia. Ahí va un ejemplo de las muchas supercherías que sostenéis en religión. Tú no ignoras, que yo soy licenciado en ciencias exactas, y que las matemáticas han sido toda mi vida las que más han llenado las ambiciones de mi espíritu. Pues bien, calculando y multiplicando los centímetros de los innumerables trocitos de paño que se cuentan son del hábito de Santa Teresa, he venido á descubrir que el hábito de la Santa tenía doscientos metros de longitud por ciento cincuenta y cuatro de ancho, y esto sólo de los trozos de há-

bito que yo he visto, que con otros muchos, que habrá seguramente, y que nosotros desconocemos, ayúdeme usted á sentir y eche usted paño. De todo lo cual se puede formular el siguiente dilema: O todos esos trocitos del hábito de la Santa se multiplican prodigiosamente, y entonces habría que admitir el milagro, cosa que yo niego, ó el hábito de Santa Teresa tuvo esa fabulosa longitud que he dicho, absurdo inadmisibile hasta para el sentido común. Mira tú, pues, si está en sus cables toda esa pléyade de beatas y gentes alucinadas que al poseer un pañito de la Santa, lo conserva como oro en paño y le da los honores de sagrado, santo, espantador de diablos, antídoto contra enfermedades, etc , etc.

A ese dilema, amigo Alberto, dijo Pepe, le ocurre lo que á esos fantoches acartonados, muy vistosos y deslumbrantes por fuera, pero que en el fondo están... huecos. Porque aparte de que pudieran muy bien esos trocitos del hábito ser efectos del milagro, cuya posibilidad y notoria realidad te tengo mil veces demostrada, y que no porque tú lo niegues deja de ser una verdad, aparte, digo, de todo esto, es un error crasísimo el que tienes de estas cosas, justificado tan sólo por ese odio inconcebible, que te domina, á todo lo que huele á piedad y religión. Muchos, muchísimos de esos trocitos de hábito que tú dices, no son en su mayor parte restos del verdadero hábito de la Seráfica Doctora, sino trozos de paño que la piedad de los fieles tiene en gran estima, porque, ó están tocados al verdadero hábito de la Santa, ó á alguna de sus reliquias, y que sin necesidad de admitir ese número fantástico de metros, no por eso dejan de ser dignos de veneración y respeto, como reliquias que contribuyen poderosamente á evocar en nuestra alma el saludable recuerdo de la que fué Reformadora del Carmelo, Reina de santidad en el suelo de Castilla y objeto eterno de veneración para todo pecho nacido en esta tierra castellana. Pero en fin, tú no entiendes de estas cosas, no te las explicas, y no me extraña, como no extraña tampoco que el mísero labriego no se explique el por qué un grano de trigo puede dar ciento, si, para demostrar la fecundidad de la tierra, deja de mirar al cielo... Pero hablemos un poco de las ciencias que á tí te encantan. Mil veces he pensado y me he recreado ante la idea de lo que se descubriría, si pudiendo de algún modo salvar los sesenta kilómetros que vosotros los científicos decís tiene la atmósfera de la tierra, pu-

diera, aun á pesar de mil peripecias, sacar la cabeza por encima de la atmósfera para contemplar ahito y mejor los espacios siderales. ¿No te ha sonreído á tí alguna vez semejante idea? Una carcajada interminable produjo en los circunstantes la ocurrente salida de Pepe. Alberto, que á la verdad era entusiasta partidario de la ciencia astronómica, quedóse pensativo, como si tratara de solucionar el problema planteado por su adversario; pero al levantar la vista y fijarla en Tomás y Santiago, nuestros inseparables amigos, que reían estrepitosamente, pegó un puñetazo en la mesa del café, y creyendo nuestra risa un reproche contra la ciencia, que tanto amaba, nos llamó ignorantes, descreídos; y con un gesto de rabia y sarcástico enfado, salió precipitado del café y en muchos días no le volvimos á ver. Más tarde supimos que había trasladado la matrícula á otra ciudad, y hasta se susurró que lo había hecho á despecho por no encontrar entre nosotros amigos en consonancia con sus aficiones científicas. Nosotros lamentamos el suceso, y más todavía al considerar que sólo una humorada pudo ser la causa de separación tan triste. Porque hay que decirlo todo, nuestro amigo Alberto era bueno en el fondo, y á pesar de su incredulidad y sus rarezas, todos le queríamos...

No ha mucho que recibimos una carta afectuosa de nuestro amigo, uno de cuyos párrafos decía así: "Decidle á Pepe que me perdone, si en algo pude ofenderle el día de la disputa. Me he convencido que el hombre, cuanto más sabe, más amplio campo desconocido encuentra de estudio, y que para saber algo, lo primero que hace falta es ser humilde y admitir como principio incontrastable, lo que la fe y la religión nos enseña, y yo también desearía, si pudiera ser, sacar la cabeza por encima de la atmósfera, para ver de aquilatar algo más la pequeñez de mi espíritu, y admirar mejor la grandiosidad inmensa del Dios creador de tantos mundos, cuya existencia y atributos tantas veces he negado con mi conducta, prácticamente atea. Vuestro amigo, Alberto."

SUESI.



Colegio de Niños de Coro de Salamanca.—El Ilmo. Cabildo Catedral de Salamanca, Patrono del Colegio titulado «Niños de Coro», deseando dar más esplendor al culto divino y favorecer al mismo tiempo á los niños que prestan el servicio de canto en la Santa Catedral Basílica, ha aumentado el número de plazas ó becas en el Colegio y establecido nuevas enseñanzas, para que aquéllos, juntamente con la educación moral y religiosa, reciban instrucción completa, y especialmente musical, en consonancia con los fines de la fundación.

A este efecto, cuenta el Colegio de Niños de Coro con maestro de primera enseñanza, y además con profesores de solfeo, canto gregoriano, piano, armonía y composición, que, en cursos distintos, se encargan de explicar las respectivas asignaturas, procurando ajustar sus lecciones al programa oficial del Conservatorio de Madrid.

Hallándose al presente vacantes cuatro plazas de Niños de Coro, el Ilmo. Cabildo Catedral anuncia su provisión por medio de esta Circular, para que llegue á conocimiento de los que se crean con aptitudes de obtener alguna de ellas y puedan solicitarla, ateniéndose á lo que dispone el Reglamento y cumpliendo las condiciones que á continuación se expresan:

Condiciones de ingreso.—1.^a Los aspirantes deberán poseer voz bien timbrada y propia de tiple, con extensión de *do* grave á *sol* agudo (tono de capilla), emitiendo estos puntos sin violencia.

2.^a Han de tener ocho años de edad cumplidos y gozar de buena salud, acreditando estos extremos con la partida de bautismo y certificación facultativa.

3.^a El ingreso será por oposición entre los niños que lo soliciten, á cuyo fin habrán de someterse á un examen previo de voz, lectura y escritura.

4.^a Sólo podrá admitirse algún niño mayor de ocho años si, en el examen de ingreso, demostrara poseer mayores conocimientos en música que los otros, y con tal que llene las demás condiciones que se exigen.

5.^a Para la prueba de voz, es conveniente que conozcan ya la escala, y en igualdad de circunstancias, será preferido el que posea algunas nociones de música.

6.^a Transcurridos seis meses después de la admisión é ingreso de los niños, sufrirán nuevo examen, que habrá de repetirse al terminar el año, y, en vista del resultado, favorable ó adverso, oyendo además el parecer del señor Rector y Profesores sobre las condiciones y aptitudes de cada uno, el Cabildo decretará la admisión definitiva ó podrá despedirlos del Colegio.

Derechos de los niños, según el Reglamento.—1.^o El Colegio se compromete á dar á los niños, una vez admitidos: alimentación, enseñanza de las primeras letras é instrucción de solfeo, canto, piano, armonía y composición; les proporcionará cama completa y todo el ajuar de la habitación, calzado y uniforme, que consiste en manto, beca y bonete, sufragando también los gastos de médico y botica en las enfermedades ordinarias. La ropa interior y exterior de los niños, así como su reposición y lavado, queda á cargo de las familias respectivas.

2.^o Los niños hacen suyas las cuotas que les correspondan por cantar en las funciones y las propinas y donativos que recibiesen, siendo además remunerados con cuarenta pesetas anuales desde que comiencen á prestar servicios á la Iglesia. Todas las cantidades que vayan adquiriendo por estos conceptos, se les impondrán en el Monte de Piedad, pero no se les entregarán ni podrán ser reclamadas hasta su salida definitiva del Colegio.

3.^o Cada colegial servirá su plaza durante seis años por lo menos, y si antes

de este tiempo, como no sea por enfermedad ú otra causa justificada, fuese retirado por sus padres del Colegio, perderá el derecho á la remuneración que le concede el Patronato.

4.º Al terminar la estancia reglamentaria en el Colegio, los niños que, á juicio del Rector y señores Comisarios, se distinguen por su aptitud para el estudio y muestren vocación al estado eclesiástico, podrán matricularse en el Seminario Pontificio en calidad de alumnos externos, permaneciendo en el Colegio de Niños de Coro, donde, á más de la manutención, se les sufragarán los gastos de matrículas, exámenes y textos hasta terminar los estudios de la Facultad de Filosofía.

5.º Los que reuniendo iguales circunstancias no manifiesten vocación al sacerdocio, podrán cursar en la Escuela Normal de Maestros, previa la autorización del Cabildo, corriendo á cargo del Patronato todos los gastos de la carrera completa del Magisterio, incluso el título profesional.

Las solicitudes se dirigirán al Secretario del Ilmo. Cabildo Catedral de Salamanca, dentro del corriente mes, acompañadas de la fe de bautismo del peticionario y certificación de estar vacunado y no padecer enfermedad alguna; documentos que podrán expedirse en papel simple

Los aspirantes han de presentarse en la Catedral el día 2 del mes de Septiembre.

*
**

Cátedra de Estudios Sociales.—Para perpetuar dignamente la memoria del Emmo. Sr. Cardenal Sancha, Arzobispo de Toledo, la Junta central de Acción Católica y el Consejo Nacional de las Corporaciones católico-obreras han acordado establecer y dotar convenientemente en la Academia Universitaria Católica de Madrid, ó en su defecto en cualquier otro Centro de carácter también católico, una cátedra de Estudios Sociales que llevará el nombre del ilustre purpurado, que tanto se distinguió por el gran acierto con que trataba las cuestiones sociales y el gran apoyo que siempre prestó á las obras que favoreciesen los intereses morales y materiales de los obreros.

La suscripción que para esto se ha iniciado en Madrid entre particulares y asociaciones, va dando satisfactorio resultado; pero á fin de que resulte una obra de carácter nacional, se ha extendido á provincias dicha suscripción. A este efecto se ha dirigido la oportuna circular á todos los Consejos diocesanos, firmada por los Sres. Duque de Sotomayor y Marqués de Comillas. Según ella, se admiten donativos desde una peseta en adelante, en metálico ó libranzas del Giro mútuo, señalándose como Centro de recaudación la Secretaría del Consejo Nacional, establecida en la calle del Duque de Osuna, número 3, y el Centro de Defensa Social, calle del Príncipe, número 7, ambos de Madrid.

La idea nos parece acertada y digna del apoyo de los buenos católicos.

*
**

Nueva oración.—El Rdo. P. José Masquillier, director de la Archicofradía del Corazón eucarístico de Jesús, establecida en la basílica Pontificia de San Joaquín en Prati de Castello, pidió al Santo Padre bendijese una cruzada de oraciones para proteger á los niños que hiciesen la primera Comunión, y el Santo Padre, además de acceder con un autógrafo suyo á petición tan piadosa, se dignó conceder cien días de indulgencia á todos los fieles que para dicho fin recen al Corazón eucarístico de Jesús la siguiente oración é invocaciones que á continuación se expresan: «¡Oh, Jesús, que nos habéis amado hasta el inefable exceso de dársenos en la Eucaristía, inflamadnos en ardiente celo para procurar vuestra gloria, preparando dignamente á los niños que han de acercarse por vez primera á vuestra sagrada Mesa! Preservad, oh Corazón eucarístico de Jesús, á estas inocentes almas de las asechanzas del mal; afirmad su fe, aumentad su amor y adornadles de todas las virtudes que les hagan dignos de recibirlos. Amén.

«San Juan Bautista, Precursor del Mesías, preparad el camino á Jesús en los corazones de los niños.

San Tarsicio, protegéd á los niños de primera Comunión».

DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASILICA EN ALBA DE TORMES

Pesetas Cents.

De D.^a Casimira Estivales, Tesorera de las Teresianas de Madrid. 209 50

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado.